



HOMILÍA SOLEMNIDAD DEL BAUTISMO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Muy apreciados hermanos:

En las últimas celebraciones, la liturgia de la palabra, especialmente el Evangelio, nos han presentado varias manifestaciones de Jesús:

- el día de su nacimiento, el 25 de diciembre, se manifiesta al pueblo de Israel en la persona de María y José y de los pastores;
- el domingo pasado celebramos la fiesta de la Epifanía, la manifestación a los pueblos no judíos, en la persona de los Reyes Magos;
- en la celebración de hoy, el Bautismo de Jesús se manifiesta, por primera vez, el misterio de la Trinidad. Las tres personas divinas se hacen sensibles: el HIJO en la persona de Jesús que está siendo bautizado por Juan; el ESPÍRITU SANTO en forma de paloma; el PADRE mediante la voz del cielo. Se presenta a Jesús, como verdadero Dios y verdadero hombre.

Es conveniente este último testimonio, porque ahora Jesús termina su vida retirada de Nazaret. Ha vivido allí como cualquiera de sus contemporáneos, ignorado por el mundo. Nada llama la atención. Es un hombre más de los muchos que ahora se acercan para ser bautizados por Juan. Es imposible reconocer a Dios en Él. Tienen que intervenir el Padre y el Espíritu Santo con un solemne testimonio. De este modo, van presentando al mundo el origen divino de Él. Bautismo del Señor es, entonces, la preparación e introducción en su vida pública.

Se cumple lo profetizado por el profeta Isaías: *“Miren a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones”* (Is 42, 1-4. 6-7). Es Jesús, como dice la voz del Padre: el predilecto, el amado, el que nos redimirá de nuestros pecados.

Reflexionar sobre el bautismo de Jesús, debe llevarnos a reflexionar sobre el sacramento del bautismo en general y nuestro propio bautismo. Personas que pertenecen a movimientos religiosos no católicos se les hace muy difícil entender el hecho de que en la Iglesia Católica se bautice a los niños, apenas nacidos. Y católicos no formados en la fe afirman que no bautizarán a sus hijos pequeños, y que esperarán, más bien, que alcancen el uso de razón y ellos mismos soliciten el sacramento del bautismo.

Unos y otros, no tienen en cuenta que, a través de este sacramento, recibimos muchas bendiciones divinas, entre las que podemos mencionar:

- Nos borra la mancha del pecado original.
- Nos hace hijos de Dios.

- Nos hace hermanos de Jesucristo. Desde esa fecha somos miembros de la mejor familia del mundo. Nuestro hermano es nada menos que el Hijo de Dios.
- Nos hace templo del Espíritu Santo.
- Nos hace herederos del cielo. Desde el día del bautismo, ya ninguno de nosotros es pobre. Aquí en la tierra nos harán falta muchas comodidades, pero en el cielo seremos riquísimos para siempre: “Alégrense, decía Jesús: porque su premio será grande en el cielo” (Mt 5, 12)
- Nos convierte en discípulos misioneros de Jesús.

De todos esos regalos, permítanme resaltar el primero: **ser hijos de Dios**. Dice el apóstol San Juan: “*miren qué gran amor nos tiene Dios Padre, que nos permite llamarnos hijos de Dios, y en verdad que sí somos hijos de Dios*” (1Jn 3, 1). Y el apóstol San Pablo nos dice a los bautizados que debemos tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. ¿Cómo debe actuar el bautizado?

- El bautizado debe ver los acontecimientos y juzgarlos con visión sobrenatural, con los ojos de la fe; obedecer como Cristo, cumplir cada momento la voluntad del Padre; amar y perdonar como Él.
- El bautizado debe estar tranquilo, no debe tener miedo. Dios, que es muy buen Padre, conoce mejor nuestras necesidades reales, es más fuerte que nosotros. Él guía nuestra vida, especialmente en los momentos difíciles.
- El bautizado debe reconocer en el prójimo a un hermano, a un hijo de Dios. Y este reconocimiento debe llevarlo a realizar gestos que manifiesten esa fraternidad: respeto mutuo, delicadeza en el trato, espíritu de servicio y ayuda en el camino que nos lleva a Dios...
- El bautizado debe preocuparse por el bienestar espiritual del hermano, por su salvación eterna. Lejos de él responder como Caín, cuando Dios le preguntó sobre su hermano Abel: “*acaso soy guardián de mi hermano*”. Debe anunciarle el Evangelio, siguiendo el mandato de Jesús: “*vayan por todo el mundo y anuncien el Evangelio*”. Debe corregirlo cuando se equivoca: “*si tu hermano peca, corrígelo*”. Debe auxiliarlo en sus necesidades espirituales y corporales cumpliendo las obras de misericordia.

Queridos hermanos, el bautismo es un don que nos concede muchas bendiciones, pero que también nos obliga a actuar con los sentimientos que actuó Cristo Jesús. Se cuenta, hace ya muchos siglos, la hija del rey de Francia era muy orgullosa y un día, por humillar a una sirvienta, le dijo: recuerde yo soy la hija del rey. Y la sirvienta, que no era tonta, le dijo: “*Y usted recuerde que yo soy hija de Dios*”.

Cuando nosotros recordamos que somos hijos de Dios no nos creeremos inferiores a nadie, porque tan hijo de Dios es la persona más importante del mundo como lo somos nosotros. Pero tampoco despreciaremos a ninguna persona, por pobre e ignorante que sea, pues también ella es hija de Dios, y merece todo nuestro respeto y consideración.

El día de nuestro bautismo, fuimos consagrados a la Santísima Virgen María, le pedimos a ella que “nos bendiga y proteja, como hijo y posesión suya”. Así sea.

+ *Ángel Caraballo*
† Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas

The seal of the Bishop of Caimas is circular. It features a central shield with a cross and a heart, flanked by two figures. The shield is topped with a mitre. The text "MONS. ANGEL FRANCISCO CARABALLO FERMÍN" is written around the top inner edge, and "OBISPO DE CAIMAS" is written around the bottom inner edge. There are small crosses on the left and right sides of the seal.

Prot. 2024/005